

## DISCURSO DEL EXCMO. SR. VICERRECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Excmos. Señores  
Señores congresistas  
Señoras y señores

Hace algunos días leía en la prensa local cómo un autor se quejaba de que estamos en una época de «ensayos y libritos». Aunque, en principio, no haya nada que objetar en contra del ensayo y de la divulgación, tal parece que el género se produjera con excesiva abundancia en nuestros días. Es como si estuviéramos en una nueva ilustración, aún más limitada que la original, y que también intenta huir de las verdades fundamentales. Si entonces el racionalismo exigía no creer más que en un genérico ser supremo, que cada uno debía guardar para sí; hoy la nueva razón relativizada por el sentimiento desdeña incluso las verdades científicas.

En esta época del pensamiento débil el subjetivismo se ha absolutizado y en definitiva, todo es opinión. Un conocido y sabio historiador se enfadó cuando tras su conferencia, alguien le preguntó su opinión sobre una determinada cuestión. Yo no opino, las cosas se saben o no, vino a decir. Pero no todos actúan como el citado sabio; más bien, del «sapere aude» que aún propugnaban aquellos ilustrados, aunque con su método, se ha pasado al «así es, así os parece», expresión desorientadora que llega a tomar forma de verdad filosófica.

El antiguo foco de luz que la antigua ilustración quería ser —el «iluminismo»— se ha convertido en un conjunto de tímidas bombillitas que sólo pretenden que las dejen lucir, sin que nadie las deslumbre, aunque nada más sea para convertirse en cabezas de su pequeño cuerpo de ratón. Así, hemos llegado a una nueva edad oscura, una auténtica edad oscura, cuyos síntomas han quedado perfectamente descritos en la reciente encíclica de Juan Pablo II, *Veritatis splendor*.

Podrían ustedes preguntarme qué tiene todo esto que ver con la Historia de la Iglesia, materia que hoy nos reúne. Pronto iremos a ello. El naturalismo y el racionalismo ilustrados optaron por eludir la Verdad absoluta e impusieron una tolerancia relativista; una tolerancia, por cierto, que parece que en el horizonte intelectual no fuera necesaria

hoy en Occidente, a juzgar por el poco eco que parece tener la celebración ahora del Año de la Tolerancia: ciertamente, si nadie va a tener la verdad, la tolerancia no es necesaria.

Pero aquel rechazo de la Verdad supone también un rechazo de la Iglesia Católica, del cristianismo en general, y del catolicismo de manera mucho más concreta. Supone rechazar lo que la Iglesia es significa, tanto en lo sobrenatural como en lo humano. Y me atrevo a decir —aquí está la conexión que nos interesa— que no pequeña parte de este rechazo proviene del desconocimiento, o de una interpretación parcial y sesgada, de la Historia de la Iglesia.

Si, desde ambientes laicistas, la Iglesia tiene un mala imagen en su Historia. Esto es tremendamente injusto, porque a lo largo de los siglos «se ha trabajado mucho; no me parece ni objetivo, ni honrado, el afán de algunos por menospreciar la tarea de los que nos precedieron. En veinte siglos se ha realizado una gran labor y, con frecuencia, se ha realizado muy bien» (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, 121).

No obstante, la mala imagen subsiste, quizás porque se han fijado más en los desaciertos y regresiones, que en la valentía y generosidad. Creo que es ineludible tarea nuestra intentar cambiar esta imagen y como señala el Beato Josemaría Escrivá, «ayudar a descubrir el hombre la grandeza de su vocación de hijos de Dios», recordando la importancia del amor al Creador y a nuestro prójimo (cfr. *ibidem*). ¿No podría ser éste también un enfoque metodológico para la Historia de la Iglesia, un intento de comprender la conciencia cristiana de cada generación y su plamación social?

Antes he hecho referencia a lo sobrenatural y a lo humano, la Iglesia Cuerpo Místico de Cristo, formada por hombres y actuando entre los hombres, en medio de la encrucijada de sus intereses. Evidentemente, es un reto del Simposio profundizar en la búsqueda de la metodología adecuada.

Me interesa señalar algo que se aprecia desde fuera de ámbitos preferentemente eclesiásticos: una separación entre el historiador seglar, que trabaja en las universidades civiles, en contacto con otros historiadores, preocupados por temas generales, y el historiador clérigo, que trabaja en universidades eclesiásticas y que está más en contacto con filósofos y teólogos. Esto no siempre es así, y desde luego hay diferencias entre unos países y otros, pero es un hecho suficientemente abundante.

De esta manera se ha llegado en buena medida a una especie de división del trabajo, a mi modo de ver equivocada y perjudicial. El his-

torizador laico ha desarrollado una visión exclusivamente humana de la Iglesia, entendida como iglesia jerárquica y definida como una institución que, con independencia de sus fines, que no le preocupan demasiado a este historiador, tiene intereses políticos y económicos, incide peculiarmente en el cuadro social y en la evolución de la población, plantea anacrónicos problemas intelectuales y es un factor retardatorio del progreso social, en términos generales, sobre todo cuando se manifiesta a través de instituciones como la Inquisición. No faltan los que la juzgan favorablemente —y puede que cada vez sean más— pero también desde un punto de vista exclusivamente humano, destacando la labor asistencial, la aportación a la cultura humanística, la organización de sus archivos y cosas por el estilo. Sobre todo la organización de los archivos. La renovación historiográfica se ha apoyado de manera muy firme en las últimas décadas en algunas fuentes documentales precisas: libros parroquiales, contabilidad de diezmos, constituciones sinodales, han servido, entre otras, pero de manera preferente, para renovar la demografía, la historia agraria y la historia de las mentalidades. ¡Cómo no alabar la capacidad organizativa de la Iglesia!

De manera diferente, el historiador clérigo se ha encerrado en los problemas profundos de la historia interna de la Iglesia, desde las cuestiones conciliares, a la organización de conventos, parroquias, diócesis y dicasterios. La evangelización depende de la capacidad organizativa de las instituciones que las llevan a cabo y también de los presupuestos pastorales, complicados cuando se trata de culturas extrañas al mundo occidental, y los problemas teológicos se entrelazan con la historia de la filosofía y el pensamiento.

Seguramente, la historia hecha por los clérigos pueda mostrar mejor la naturaleza y fines sobrenaturales de la Iglesia y el difícil problema de la conexión con la Historia de la Salvación, pero me parece necesario señalar que a veces es una historia erudita, alejada de las preocupaciones de la sociedad civil. Esta sociedad recibe más bien la imagen de la Historia de la Iglesia hecha por los historiadores civiles y por lo tanto, se forma una imagen muy humana de la Iglesia, con profusión de actuaciones sociales, donde lo que cuenta es el interés institucional de la jerarquía, con frecuencia poco entendido y peor interpretado desde la sensibilidad actual.

Sería necesario superar esta división. Sin formación teológica, pongamos por caso, es difícil dar una explicación cabal de determinadas cuestiones religiosas que han afectado directísimamente a la sociedad: Inquisición, reforma protestante, doctrina social, y otros similares. Pero tampoco la teología basta para explicar unas actuaciones que real-

mente tienen lugar en el mundo, en unas circunstancias sociales cuyo conocimiento histórico es necesario tener desde otras perspectivas, no sólo filosóficas.

Es necesario, por tanto, identificar problemas y unificar los debates. La labor interdisciplinar tiene que mirar tanto a la teología como a las otras historias sectoriales. El Concilio Vaticano II ha supuesto una importante renovación eclesiológica y sobre todo, ha puesto de manifiesto la importancia de los laicos en la Iglesia. Creo que desde esta perspectiva también cabe plantearse una renovación de la Historia de la Iglesia, hasta ahora centrada demasiado en la jerarquía, en la labor de los clérigos, y no tanto en la actuación, con sentido religioso, de todos los fieles, o en el enfoque cristiano de los problemas que los fieles hayan podido tener en diferentes momentos históricos.

Todo este diálogo ayudará a esclarecer mejor cuál es el objeto de la Historia de la Iglesia y por lo tanto, aportará luces a la pregunta central que este Simposio plante sobre cuáles deben ser los métodos de la Historia de la Iglesia. Adelantándome a sus debates, no está de más señalar que toda historia sectorial tiene métodos y objetos propios, pero que, en cualquier caso, todas son primordialmente, Historia, y por lo tanto, ciencia que ayuda a comprender el pasado de la vida de los hombres en sociedad, comprensión que exige, necesariamente, una integración de todos los datos relevantes para una determinada cuestión.

Si la historia de la Iglesia no se integra, cualquiera que sea el método elegido para estudiar cada uno de sus múltiples aspectos, será menos Historia y por lo tanto, servirá menos para hacernos comprender tanto la importancia misma de la Iglesia, como el enfoque cristiano de tantos problemas que han surgido en la Historia.

Antes de terminar quiero agradecer su trabajo a los organizadores de este Simposio, al Instituto de Historia de la Iglesia y a la Facultad de Teología. Sin el trabajo de cada uno de sus miembros, la Universidad no existiría.

Muchas gracias también, a todos los participantes en el Simposio y mis mejores deseos para que su labor sea fructífera.

Agustín GONZÁLEZ ENCISO  
Edificio Central  
Universidad de Navarra  
E-31080 Pamplona